

Junto a los actores principales, Cacoyannis fue seleccionando además, una a una, a las actrices que constituirían su coro de esclavas troyanas, realizando diversas pruebas entre Londres y Madrid. Lógicamente aquellas que recitarían más partes del guion cinematográfico serían las británicas, mientras que a las españolas les reservaría planos y secuencias en las que no se les exigiría declamar texto alguno. Pero en esta gran torre de babel también hubo espacio para algunas actrices de nacionalidad helénica como Ersie Pitta, su prima Emilia Pitta o Ivi Mavridou, que debutó en el cine con esta película y que no volvería a ponerse ante las cámaras sino detrás. De hecho, volverá a colaborar con Cacoyannis años más tarde en el film *Ifigenia* pero como ayudante de peluquería y vestuario a las órdenes del escenógrafo Dionysis Fotópulos.

Finalmente, quedaba una tarea algo tediosa pero muy importante para el buen desarrollo de la filmación: seleccionar a todos y cada uno de los figurantes que harían de extras en las secuencias colectivas. Este trabajo también lo asumió el propio director, cual autor omnisciente, que no se contentaba con haber redactado el guion y realizar las funciones de productor sino que terminará encerrándose en Londres para montar el film y así darle su forma definitiva insertando la banda sonora de Mikis Theodorakis.

Curiosamente, en los títulos de crédito finales del film no vemos ningún nombre de varón, salvo los de Brian Blessed, Patrick Magee y Alberto Sanz, que encarnan, respectivamente, a Taltibio, Menelao y Astianacte. Pero lo cierto es que, si visualizamos el largometraje con atención, constataremos que, en muchas de las escenas, desde el comienzo con la voz en off hasta el final, con la partida de las abatidas troyanas hacia los barcos de los griegos, los hombres tienen un papel relevante, ya que personifican la brutalidad y la sinrazón de los vencedores.

Algunos de esos nombres todavía figuran en los archivos del Ayuntamiento de Atienza, como nos ha revelado recientemente Tomás Gismera Velasco en su libro *Las Troyanas de Atienza. Cuando Atienza se convirtió en Troya* (2019). Muchos de ellos no nos resultan conocidos. A otros (como es el caso de Cristino Almodóvar, a quien creemos reconocer llevándose a Vanessa Redgrave/Andrómaca hasta el carro después de ser separada violentamente de su pequeño hijo) los vimos en películas y series televisivas de esos años, como la popular *Curro Jiménez*. Pero a quien no esperábamos encontrar entre los soldados aqueos era a José Luis Ayestarán, un apuesto joven iniciado en la alterofilia que se apuntaba a todos los castings para aparecer como extra en alguna película famosa (por lo visto había participado en la superproducción de Samuel Bronston *La caída del Imperio Romano*). Su aparición de dos segundos escasos en la película tiene lugar en el momento en el que Geneviève Bujold/Casandra cree ver al dios Apolo a la puerta de la cueva donde ha sido recluida con otras mujeres dementes. La breve teofanía que en su delirio cree real da paso, rápidamente, a la cruda realidad: no se trata del dios a la que ella ha consagrado su virginidad sino de un soldado griego que cumple con su misión de cerrarle el paso para que no escape.



José Luis Ayestarán descendiendo hasta la cueva de Casandra con el sol a sus espaldas, es confundido, con razón, por ésta con el dios Apolo.